

“Queremos autonomía y no tiranía”.
La lucha estudiantil durante 1966 tras la intervención
de la Universidad de Buenos Aires

Califa, Juan Sebastián

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
Universidad de Buenos Aires

Palabras claves: Universidad, movimiento estudiantil, Onganía.

Resumen

En este trabajo me propongo un primer acercamiento a las luchas estudiantiles desarrolladas en la Universidad de Buenos Aires (UBA) tras la intervención de esta casa por parte del gobierno de facto presidido por Juan Carlos Onganía a fines de julio de 1966. El objetivo fundamental es caracterizar estas luchas, periodizándolas, en la segunda parte de dicho año. Más específicamente, se pretende describir las diferentes tácticas a las que se apeló y la dialéctica que los enfrentamientos instalaron con el gobierno nacional y la intervención universitaria. Se trabajará para ello con diarios, revistas y la literatura existente para el período.

Antecedentes

El 28 de junio de 1966 asumía la presidencia tras el golpe de Estado el general retirado Juan Carlos Onganía, liderando el autoproclamado gobierno de la “Revolución Argentina”. En su asunción se hizo presente un amplio abanico de personalidades que incluía figuras destacadas del mundo empresario junto a gremialistas de fuste como el líder de la CGT, Augusto Vandor. Los partidos políticos, a excepción de comunistas, socialistas democráticos y

radicales del pueblo, dieron su apoyo al nuevo gobierno. Guillermo O'Donnell denominó "consenso de terminación" a la amplia unidad gestada en torno al objetivo de acabar con el régimen político constitucional presidido por Arturo Illia, unidad que no preveía acuerdos en relación al nuevo régimen por construir.¹⁴⁴ El comando militar se ocupó meticulosamente en identificar esas jornadas con una imagen de eficiencia, que contrastara con la etapa anterior, asociada con la impronta que se pretendía para el gobierno. Se iniciaba así lo que muchos analistas del período denominaron "modernización autoritaria", etapa donde el "tiempo político" quedaría supeditado a los objetivos trazados para el "tiempo económico". En ese sentido, el horizonte gubernamental de largo plazo requerido por las tareas a emprender singularizaba el proyecto de estos golpistas respecto a sus antecesores marcados por el signo provisorio con que habían encarado siempre sus funciones. Aunque al momento del golpe y por algunos meses fue difícil señalar con exactitud qué fracción de la burguesía encabezaba el proyecto gubernamental, pronto esto se hizo visible: los monopolios industriales transnacionales. Así, según Juan Carlos Portantiero: "[...] se trata del intento más decidido realizado hasta hoy por la fracción dominante en el nivel económico-social, para superar a su favor una situación de crisis orgánica y transformar ese predominio en hegemonía."¹⁴⁵

En el terreno universitario el impacto del golpe fue enorme. El derrotero de activación política estudiantil de los últimos años que había marcado a estas casas de estudio públicas constituía motivo suficiente de indignación para el nuevo Ejecutivo. La Universidad conformaba en ese sentido un territorio hostil. En lo inmediato poco le importaba al gobierno erigirla como baluarte de modernización social. Antes de encarar esa faena era prioritario imponer el orden en sus aulas. Finalmente, el viernes 29 de julio de 1966 llegó el momento que ya todos daban por descontado. La intervención de las universidades nacionales se resolvió una vez confiada la Subsecretaría de Educación al abogado católico Carlos María Gelly y Obes —dictaba cátedra en la Facultad de Derecho—, cartera dependiente, según la nueva estructura, del Ministerio

¹⁴⁴ "Estado y alianzas en la Argentina", en *Desarrollo Económico*. Revista de Ciencias Sociales, vol. 16, n° 64, Buenos Aires, enero-marzo de 1977, p. 161.

¹⁴⁵ "Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual", en Oscar Braun (comp.): *El capitalismo argentino en crisis*, Siglo Veintiuno, Buenos Aires, 1973, pp. 73-117, p. 85.

del Interior presidido por el cursillista cordobés Enrique Martínez Paz.¹⁴⁶ El decreto-ley 16.912 firmado por Onganía dispuso, intentando acotar el impacto negativo de la medida, que los rectores y decanos universitarios pasaran a ser designados por el Poder Ejecutivo en carácter de administradores. Sin embargo, excepto en las universidades más pequeñas (del Sur, Cuyo y Nordeste), los rectores se negaron.

La medida atacaba la democracia interna de las casas de altos estudios al desconocerles legitimidad e injerencia a sus órganos de gobierno. Anulaba así instancias de cogobierno como la asamblea universitaria, el consejo superior y los consejos directivos que decidían los destinos de cada facultad. Se trataba, en síntesis, de liquidar toda la institucionalidad que había empezado a construir la Reforma Universitaria iniciada en Córdoba durante 1918 y que el cuerpo universitario, tras una historia de avances y reveses permanentes, con una intervención decisiva del movimiento estudiantil que asumía como propio ese legado, se había encargado en profundizar diez años atrás. La inaudita representación estudiantil alcanzada cuando a fines de la década de 1950 se erigieron los nuevos estatutos se vio cuestionada en su raíz. Todos los actores del reformismo, corriente ideológica que como tal se venía fragmentando internamente y mostrando sus diferencias con el cuerpo de profesores de ese signo cada vez más, sumado a una parte del humanismo encabezada por el rector de la UBA Hilario Fernández Long, leyeron efectivamente como un ataque la medida del Ejecutivo. Tras la intervención, que en esta casa tomó ribetes dramáticos con los episodios de violencia policial que alcanzaron su epicentro en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales durante la llamada “Noche de los Bastones Largos”, cualquier posibilidad de continuidad institucional quedó anulada.

El cambio a los bastonazos mostró la determinación del Ejecutivo para imponer sus prerrogativas sobre estas verdaderas “cuevas de comunistas”.

¹⁴⁶ Según Robert Potash, en una entrevista posterior el nuevo encargado de la cartera educativa le confesó que la medida había sido tomada por cuestiones de seguridad nacional antes de que él asumiera. En *El Ejército y la Política en la Argentina 1962-1973. De la caída de Frondizi a la restauración peronista. Segunda parte 1966-1973*, Sudamericana, Buenos Aires, 1994, p. 23. Por otro lado, O’Donnell clasifica a ambos funcionarios en la línea paternalista, esto es conservadores tradicionalistas, cuya máxima figura residía en el propio presidente, que junto a liberales y nacionalistas integraban el gobierno. Véase *El Estado Burocrático Autoritario 1966-1973. Triunfos, derrotas y crisis*, Prometeo libros, Buenos Aires, 2009.

Cualquier posibilidad de diálogo quedó así clausurada. Con enorme incertidumbre el movimiento estudiantil opositor, compuesto por una mayoría de organizaciones afiliadas ideológicamente al reformismo más un plus de grupos minoritarios desprendidos de su seno que estaban en la búsqueda de una nueva identidad política y sectores del humanismo que se habían dividido entre favorables y contrarios a la intervención, encaró la segunda parte de 1966.

Tiempos difíciles

A comienzos de agosto de 1966 el gobierno decretó la suspensión de clases en las universidades nacionales por los próximos quince días. En la UBA, a medida que se iban liberando a los últimos estudiantes detenidos se incrementaba la vigilancia policial en todas sus dependencias.¹⁴⁷ En este clima represivo la FUA emitió una declaración contra la Ley 16.912 en la que sostenía que “[...] viene a llenar las aspiraciones del gobierno de someter y amordazar a la universidad para impedir que se cumpla con el pueblo”. La misma convocaba a los alumnos a concurrir a las universidades y organizar la resistencia contra la intervención, reclamando la reapertura de las clases con la plena vigencia de la autonomía y la derogación del decreto-ley. Esta declaración fue seguida por los centros de estudiantes y agrupaciones reformistas contrarios a la intervención quienes alertaron sobre el peligro de disolución de estas entidades por parte del régimen.

En ese contexto, en las facultades comenzaron a darse las renuncias docentes. Entre los profesores críticos primó el “renuncismo”, la renuncia a los cargos, como modo de manifestar su descontento con una situación que

¹⁴⁷ La reconstrucción del día a día se realizó a partir de la base construida por Pablo Bonavena: *Las luchas estudiantiles en la Argentina. 1966/1976*, Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad de Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1992. Esta base supone un enorme caudal de información diaria para todo el país. En el caso particular de Capital Federal se ha apelado a los diarios *La Nación*, *Clarín*, *Crónica* y *La Prensa*. La base reconstruye de modo puntilloso lo sucedido cada día aunque sin hacer referencia estricta al medio particular del que fue extraída cada información. El relato que aquí se realiza supone una selección de esta información, que en este formato ocupa para el período y sujeto en cuestión unas ciento cincuenta páginas aproximadamente, a partir de los objetivos del trabajo ya comentados. Dado que esta base constituye la fuente troncal de este escrito no se hará referencia puntual a cada información, basta con saber que allí se puede contrastar lo expuesto. Sí se hará, por contraste, alusión precisa cuando la información se extraiga de otra fuente.

no se pretendía legitimar desde las aulas. Quienes alzaron esta postura, que en Ciencias Exactas y Naturales, Filosofía y Letras y Arquitectura sumó sus mayores adherentes, sobrepasaron a quienes preferían “luchar desde adentro” contra el régimen. Las organizaciones estudiantiles opositoras, apoyando a los últimos al estar imposibilitadas de elegir el camino de los primeros —perder los estudios era un precio muy distinto que irse a trabajar de universitario a otro país—, vivieron como un desamparo esta situación. Si bien comprendían a los profesores renunciantes, no apoyaban una medida que los asilaría aún más al dejarlos sin virtuales aliados en el claustro docente; aún más cuando sabían que estos lugares vacantes serían ocupados por un personal adicto al gobierno. Su pedido, no obstante, no obtuvo eco en el cuerpo de profesores enfrentado a la gestión.

En paralelo, se incrementó la represión frente a cualquier manifestación contraria a la intervención universitaria. En estos días la maquinaria represiva estatal hacia la juventud como sujeto peligroso llevada a cabo por el comisario Luis Margaride en Buenos Aires se puso en marcha. Según Lilia de Riz: “Se persiguió a las parejas en la plazas, se multiplicaron las razias a los hoteles alojamiento, se clausuraron locales nocturnos y se prohibió el uso de minifaldas y pantalones a las mujeres en las escuelas y oficinas públicas.”¹⁴⁸ El mundo de la cultura también resultó afectado al producirse la suspensión de numerosas publicaciones, *Tía Vicenta* fue la más célebre. Los partidos políticos opositores, el comunista resultó peculiarmente perseguido, fueron puestos en la clandestinidad. Como ha señalado José Luis Romero: “La primera fase del nuevo gobierno se caracterizó por un ‘shock autoritario’”¹⁴⁹.

Lo sucedido en la Universidad anticipó esta campaña de “moralidad pública” a la vez que expuso su capítulo más brutal. Como ha advertido Mónica Gordillo, las luchas estudiantiles en el país forjaron la principal resistencia al régimen tras el golpe.¹⁵⁰ Todo un símbolo de ello en la Capital Federal resultó la detención de dos estudiantes en la segunda jornada de agosto de

¹⁴⁸ En *La política en suspenso 1966-1976*, Paidós, Buenos Aires, 2000, p. 53

¹⁴⁹ En *Breve Historia Contemporánea de la Argentina*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1994, p. 232.

¹⁵⁰ “*Protesta, rebelión y movilización: de la resistencia a la lucha armada, 1955-1976*”, en Daniel James (dir.): *Nueva Historia Argentina. Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*. Tomo IX, Sudamericana, Buenos Aires, 2007, 329-380, p. 344.

1966 en cercanías del Hospital de Clínicas por pegar carteles en defensa de la autonomía universitaria, a quienes se les abrieron sumarios por “desorden en la vía pública”¹⁵¹. Pero además la represión cobró formas más abiertas como lo demostró lo sucedido allí mismo tres días después. Un gran número de policías impidió la concentración estudiantil convocada por la FUA frente al Clínicas. Los estudiantes habían empezado a llegar a la zona alrededor de las 18 horas, frente a lo cual ésta cerró el hospital. Los estudiantes, unos doscientos, debieron improvisar un acto frente a la lindante Facultad de Ciencias Económicas. El mismo concluyó repentinamente ante el avance policial, obligándolos a dispersarse. Tampoco las manifestaciones “relámpagos”, es decir acciones de pocas personas que se realizaban sin aviso previo y que tenían una duración acotada pero suficiente para concitar la atención pública con la ruptura del orden que producían, contaron con mejor suerte. La revista *Confirmado* señalaba que la policía había recibido la orden del Ministerio del Interior de actuar con la máxima prudencia, cosa que desde su punto de vista ocurrió ya que esta fuerza se limitó a arrojar unas pocas bombas de gases lacrimógenos al final y a detener dos personas para no desautorizarse ya que había prohibido el acto. Corroboraba esta actitud de apaciguamiento, según la revista, el hecho de que la Policía Federal dejara en libertad a los cuatro estudiantes que desde la intervención seguían detenidos pese a que le queda-

¹⁵¹ En relación a lo sucedido en el resto del país con el movimiento estudiantil durante este mismo período véase: para Córdoba Roberto Ferrero: *Historia Crítica del Movimiento Estudiantil de Córdoba* Tomo III (1955-1973), Alción, Córdoba, 2009; para esta ciudad junto a Chacho, Corrientes y Tucumán Mariano Millán: *Entre la Universidad y la política. Los movimientos estudiantiles de Corrientes y Resistencia, Rosario, Córdoba y Tucumán durante la “Revolución Argentina” (1966-1973)*, Tesis de Doctorado, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2013; para Santa Fe Natalia Vega: “Repertorios discursivos y constitución de identidades en el movimiento estudiantil santafecino durante el Onganiato”, en Pablo Buchbinder, Juan Sebastián Califa y Mariano Millán (comps.): *Apuntes sobre la formación del movimiento estudiantil argentino*, Final Abierto, Buenos Aires, 2010, pp. 131-158; para La Plata Pablo Bonavena: “Conflicto social y protesta en la ciudad de La Plata: el caso del movimiento estudiantil frente a la irrupción de la ‘Revolución Argentina’”, en Christian Castillo y Marcelo Raimundo (comps.): *El 69 platense. Luchas obreras, conflictos estudiantiles y militancia de izquierda en La Plata, Berisso y Ensenada durante la Revolución Argentina*, Estudios Sociológicos Editora, Buenos Aires, 2012, pp. 15-63. Un relato más general con algún detalle se encuentra en Luisa Brignardello: *El movimiento estudiantil argentino: Corrientes ideológicas y opiniones de sus dirigentes*, Macchi, Buenos Aires, 1972.

ban 30 días de arresto.¹⁵² Para los jóvenes manifestantes resultó claro que el gobierno, aunque sea cierto que apaciguara los grados de represión, no estaba dispuesto a ceder un milímetro de su política universitaria. Si la represión debía aumentar para imponer su postura parecía inaudito que el gobierno a esta altura de los acontecimientos se negara a ello. Arrancarle un cambio, o más aún dar por tierra con la intervención, requería un nivel de movilización mucho mayor. No bastaba con el activo militante movilizado.

Este clima represivo perduró. Así, el 8 de agosto una asamblea en el Hospital de Clínicas resultó interrumpida por la policía y una marcha en la avenida Colón fue abortada a fuerza de gases. Al día siguiente, el diario *Crónica* afirmaba que la FUA y la FUBA no lograban movilizar a los estudiantes y que las renunciaciones de profesores alcanzaban ya a las mil trescientas, cifra que es el que actualmente se reconoce como definitivo en la UBA.¹⁵³ Ese inmovilismo y clima de derrota que se vivía en la UBA marcará los pasos de una militancia estudiantil contraria a la intervención que si bien continuó su lucha, desde aquí en más debió encararla en condiciones sumamente adversas. La designación por parte del Poder Ejecutivo de Luis Botet como rector de esta casa acompañada por el nombramiento de numerosos decanos, coronó esta situación. Se trataba de un ex juez que ejerció ese cargo durante dictadura encabezada por Aramburu, defensor de presos militares colorados en 1963, actual profesor adjunto de la cátedra de Derecho Constitucional de esta institución, poseído por un sentido jerárquico, militar, de la disciplina. De este modo se iba abriendo una nueva etapa en la vida universitaria.

Sin embargo, las luchas estudiantiles actuarán como si, o pretendiendo que, esta situación sea apenas una circunstancia pasajera. El pedido que ya comenzaban a realizar a las autoridades para poder llevar a cabo sus actos, no obstante como se verá, expuso lo contrario: una fuerte reglamentación, con su consiguiente delimitación de la vida política, que vino para quedarse. Así, el 11 de agosto concurre un grupo de dirigentes universitarios, en representación de la FUA, Intercentros y la Federación de Graduados, al Ministerio del Interior a solicitar permiso para un acto que tendría lugar al día siguiente en un

¹⁵² “Universidad”, en *Confirmado*, 11 de agosto de 1966, año 2, n° 60, pp. 19-23.

¹⁵³ Véase, por ejemplo, Marta Slemenson: *Emigración de científicos argentinos: organización de un éxodo a América Latina*, Instituto Torcuato Di Tella, Buenos Aires, 1970.

local con el objeto de “[...] realizar un desagravio a la universidad, en su día, y discutir las medidas para la lucha a desarrollar con el objeto de lograr la derogación de la ley 16.912”. El ministro no recibió a la delegación e informó por intermedio de un funcionario que este tipo de permisos había que tramitarlos en la Policía Federal. El acto, programado en el local de Unione y Benevolencia, finalmente debió suspenderse al no contar con el aval policial. Ésta alegó: “1- Que el pedido de autorización no fue presentado en término (un edicto dice que debe hacerse con 10 días de antelación). 2- Que el artículo 8 de la ley 16.912 determina que los centros estudiantiles deberán abstenerse de hacer reuniones políticas. 3- Que se considera que en el momento actual podría derivar en graves alteraciones del orden y la seguridad pública.”

Si el aval de las fuerzas del orden resultaba imposible para quienes pretendían realizar actos contrarios al régimen, manifestarse sin su consentimiento conllevaba pues una inevitable reprimenda. Así lo confirmarán los estudiantes que se lancen a las calles. Ello lo ejemplificará, una vez más, lo ocurrido el día 12 de agosto. En esa jornada, tres estudiantes fueron detenidos por los incidentes protagonizados en la zona céntrica, corolario de la prohibición del acto de festejo del Día de la Universidad reseñado. Los estudiantes se habían reunido en la esquina de Florida y Corrientes al grito de “Universidad libre” “Libros sí, botas no”. Marcharon por la calle Florida siendo interceptados por la policía, tras lanzarle gritos hostiles a las fuerzas del orden, ésta los reprimió y detuvo a cuatro de ellos. Otras manifestaciones “relámpago” sufrieron la misma suerte en las inmediaciones de las facultades.

El 16 de agosto la intervención producirá otro hito con la asunción de Botet al rectorado quien se proponía “normalizar” la UBA. Ese día resultaron detenidos 8 estudiantes por los disturbios protagonizados por unos setenta de ellos frente al rectorado porteño. Los manifestantes arrojaron volantes de la FUA e Intercentros que decían desconocer a las nuevas autoridades, como así también la aplicación de la ley que establecía el nuevo régimen universitario. Llamaba a la lucha en favor de la plena autonomía y del cogobierno de la enseñanza. Varias vidrieras de comercios aledaños resultaron destruidos fruto de los enfrentamientos entre los estudiantes y la policía. En respuesta, dos días más tarde los primeros anunciaron un ambicioso plan de lucha que debía concluir con la expulsión de la intervención.

La FUA en una conferencia de prensa anunció que a partir del 22 de

agosto se llevarían a cabo asambleas en todas las facultades para analizar los pasos a seguir y decidir la expulsión de las autoridades. Respecto al discurso de asunción del rector de la UBA, el presidente de la entidad sostuvo que veía en él “[...] una clara intención de no establecer la autonomía y de perseguir en cambio a los estudiantes”. Frente a esta situación, el nuevo rector realizó un llamado público a la reflexión de los alumnos con motivo del reinicio de las clases. Pero el mismo encubría su política práctica que lejos de intentar contemporizar con las asociaciones estudiantiles que se le oponían prefirió combatirlas tenazmente. Así lo puso en evidencia la disolución del Centro de Estudiantes de Ingeniería acusado de haber emitido declaraciones que incitaban a resistir una ley de la nación y de alzarse contra las autoridades nombradas por la “Revolución Argentina”. El Centro de Ciencias Económicas, la otra entidad que contaba con una afiliación estudiantil superior al ochenta por ciento de la matrícula de su facultad, también conducido por fuerzas reformistas, corrió igual suerte. Desde el gobierno nacional no sólo se avaló el curso represivo seguido por el rectorado porteño, sino que se dio un nuevo salto en éste al decretar la disolución de la FUA.

Entretanto, tuvo lugar la protesta convocada por dicha federación. En Buenos Aires, se iniciaban ese 22 de agosto las clases en algunas facultades bajo una férrea vigilancia policial. Para ingresar, los alumnos debían mostrar sus pertenencias y la libreta universitaria que los acreditaba como tales a personal de maestranza y policías de civil. No en pocos casos volvían a encontrarse a las fuerzas policiales merodeando pasillos y aulas. En realidad, sólo las Facultades de Agronomía y Veterinaria, Medicina, Odontología y Derecho habían reanudado sus clases. Ingeniería y Farmacia, por su parte, tardarían un tiempo más en lograr la normalización. Mucho más tarde llegaría la paz a Ciencias Económicas. La situación se complicaba particularmente en Ciencias Exactas y Naturales, Filosofía y Letras y Arquitectura, facultades en las que corría el rumor de que se perdería el año lectivo entre profesores y alumnos. El rectorado porteño, por su parte, al reabrir la Universidad cesanteó a una treintena de estudiantes opositores. Mientras tantos, en Ingeniería reformistas y humanistas congregaron por la fuerza a mil quinientos estudiantes que vivaron por la autonomía universitaria y se manifestaron en contra del interventor local, haciendo difícil el inicio de clases. En Medicina, por su parte, las clases comenzarían drásticamente: dos carros de asalto

ingresaron al edificio para disolver una asamblea estudiantil que planteaba impedirlo. Los actos, que se repitieron durante toda la jornada, se encontraron con una tenaz respuesta policial que no dudó en precipitarse sobre ellos. Durante esa jornada se evidenció además que los interventores no sólo se valían de las fuerzas del orden y de sanciones legales sino también de otras organizaciones estudiantiles que le respondían. Se trataba de organizaciones de derecha nacionalistas, aglomeradas por su virulento ataque a la Reforma Universitaria, que reunían un escaso número de seguidores y contaban con una minúscula representación pero que amparadas por la policía mostraban cierto dinamismo. Las agrupaciones proclives a las nuevas autoridades no dudaron en delatar compañeros y en colaborar con la policía en las requisas policiales diarias.¹⁵⁴ Los resultados de dicha jornada de lucha fueron discutidos ya que mientras los oficialistas alegaban su fracaso los promotores evaluaban lo contrario. Así, el reformista MUR de Derecho estimaba en un 40% la presencia de los estudiantes en su facultad mientras que el MUC, de derecha liberal, calculaba en 80 % la asistencia. El balance de la jornada pareciera inclinarse del lado de las autoridades ya que más allá de la mayor o menor concurrencia pudieron imponerse frente al desafío fuista.

Este balance provisorio se iría confirmado con el correr de los días. Ya en la jornada siguiente se empezó a corroborar. La FUA en un comunicado declaró su propósito de “[...] continuar la resistencia y la lucha por la derogación de la ley 16.912 y en defensa del gobierno tripartito y de la autonomía universitaria, así como por la plena vigencia de los centros de estudiantes.” Para ello convocó a los tres claustros a repudiar el accionar represivo y pedir por la libertad de los detenidos. Sin embargo, los hechos pondrán en aprietos el plan de lucha. Ni los estudiantes se movilizaban con la masividad que éste requería para triunfar, ni el resto de los claustros lo acompañó con la

¹⁵⁴ “En Buenos Aires, se introdujo una novedad: el empleo policial de estudiantes-derrotados para señalar a los activistas, procedimiento visible en la Facultad de Medicina que fue negado por el nuevo Decano, Andrés Santos. Uno de ellos, interceptado por un vigilante, quien le sustrajo una cachiporra casera, dijo a su captor: ‘¡Pero no se da cuenta que es una equivocación! Yo trabajo para ustedes. Lárgueme.’ En pocos segundos quedó en libertad. El secretario de Santos, Vicentes P. Gutiérrez, reconoció haber visto acompañando al personal policial a Alejandro Arias, miembro del Sindicato de Derecho: ‘Supuse que era de Coordinación’, narró a los periodistas.” “Universidad. Lo que el viento se llevó”, en *Primera Plana*, 30 de agosto al 5 de septiembre de 1966, año IV, n° 192, pp. 16-17, p. 16.

fuerza necesaria. Los profesores estaban más compenetrados en decidir destinos para alojar sus equipos de investigación en el exterior que imbuidos en una lucha que consideraban perdida.¹⁵⁵ Por otro lado, los docentes contrarios a la intervención que en minoría habían permanecido en la Universidad ya comenzaban a sufrir un hostigamiento de las autoridades que en no pocos casos los terminaría por expulsar.¹⁵⁶ Por fuera de la Universidad, más allá de una declaración de ocasión de parte de un partido o de alguna organización sindical, el estudiantado que pretendiera mantener la lucha por el retiro de los interventores se encontraba cada vez más aislado.¹⁵⁷ La prolongación en los días venideros de vigilancia policial, incluso camuflada de estudiantes, de alumnos haciendo las veces de guardianes del orden en colaboración con éstos, suspensiones del rectorado y represión policial abierta con su condimentos de detenciones clandestinas no logró ser sobrepasada por los jóvenes opositores. Sin embargo, las autoridades debieron realizar un esfuerzo permanente ya que en algunas casas la inasistencia los puso en alerta roja.

El comienzo de septiembre de 1966 no trajo mayores novedades en relación a los últimos días de agosto. Como dato relevante se registró una convocatoria a un nuevo paro por parte de la FUA “reunida en un lugar del país”. Se resolvió, tras haber sido aprobados los informes de las distintas federaciones, realizar una huelga nacional el miércoles 7 para obtener la derogación de la Ley 16.912, la libertad de los detenidos, la reapertura de las

¹⁵⁵ Ya se hablaba de este traslado como “operación trasplante” señalando que los científicos argentinos privilegiaban los países latinoamericanos frente a países centrales o empresas extranjeras donde pudieran ganar mejores sueldos. Véase “Universidad. La Operación Trasplante”, en *Confirmado*, 1 de septiembre, año 2, n° 66, p. 20 y 22.

¹⁵⁶ Elocuente es al respecto el título de una nota de *Confirmado* “Universidad. ¿Comienzan las venganzas?” que comentaba el caso de una psicóloga echada de su cargo, 8 de septiembre de 1966, año 2, n° 67, p. 42.

¹⁵⁷ En relación a los sindicatos con el paso de los días aparecieron cada vez más declaraciones llamando la atención sobre lo acaecido. En sus proclamas se llegaba a recusar al gobierno por el curso represivo seguido. Esto representaba un avance respecto a la negativa inicial de hablar sobre el tema o a la ambigüedad con que se referían a la intervención. Sin embargo, en el terreno práctico no se advierte ningún apoyo concreto. Creo que no es improbable pensar que los gremialistas afiliados ideológicamente al peronismo podían usar estas declaraciones como un modo de presionar en sus negociaciones con el Ejecutivo, con el cual seguían aliados. Por otro lado, se debe recalcar que si bien se criticaban los excesos policiales, la violencia, los interventores designados o el curso posterior seguido por el gobierno no se aludía a la intervención en sí.

facultades, el levantamiento de sanciones y la defensa de las organizaciones estudiantiles. En el trascurso de la reunión se trató los resultados del “plan de lucha y resistencia” y se dispuso el “desconocimiento de los interventores administradores y denunciarlos como personeros de la política de entrega de la Universidad al privilegio”. Se propusieron para ello obtener declaraciones de apoyo de organizaciones populares y entidades obreras. Además del reformismo alineado con la FUA en Buenos Aires, la Liga Humanista local (la mitad en verdad, ya que la otra parte apoyaba a la intervención) hizo suyo el llamamiento fuista.

En esa jornada, los centros estudiantiles porteños informaron que el acatamiento a la medida alcanzaba a un 80% mientras que las autoridades minimizaron el ausentismo al plantear una asistencia del 75%. La medida coincidía con la reunión en Buenos Aires de los rectores de las universidades nacionales que trataban entre otras cuestiones la asignación de los 7.2000 millones de pesos ya aprobados por el Congreso en el período constitucional que la dictadura se comprometía a otorgar. Los críticos estudiantiles, como expresó un militante humanista, juzgaban que la reunión pretendía ofrecer un espectáculo de autonomía en la toma de decisiones que contrastaba con su completa supeditación al Poder Ejecutivo.¹⁵⁸ La FUA, Intercentros y la Liga Humanista confluyeron finalmente en la Plaza Colón pidiendo por la libertad de los compañeros detenidos y el alejamiento de la presencia policial del ámbito universitario. Los choques con la policía que se registraron pusieron en evidencia que esto último era impensable para el régimen. La revista de mayor tirada en el país señalaba que las autoridades porteñas podían jactarse de haber roto el frente estudiantil ante la baja repercusión de la protesta.¹⁵⁹

Los días siguientes estuvieron signados por lo sucedido en Córdoba donde fue herido de gravedad el estudiante de Ingeniería Santiago Pampillón. El 14 de septiembre, tras producirse su muerte, un paro impactó con fuerza en las UBA, llegando su acatamiento a ser total en la Facultad de Derecho. Una “marcha del silencio” en homenaje a Pampillón dispuesta por la FUA, Intercentros y la Liga Humanista, en la que se sumaron estudiantes secundarios,

¹⁵⁸ “Universidad. El primer muerto de la Revolución”, en *Confirmado*, 8 de septiembre de 1966, año 2, n° 64, p. 19.

¹⁵⁹ “El país”, en *Primera Plana*, 13 al 19 de septiembre de 1966, año IV, n° 194, pp.12-14, p. 13.

coronó la jornada. Tras un largo periplo, al llegar a la zona del Hospital de Clínicas fue interrumpida por la policía. Los estudiantes atacaron a las fuerzas con piedras y la policía redobló la apuesta al lanzar gases lacrimógenos. Barricadas, nuevas pedradas y una decena de detenidos coronaron la jornada. Aunque la conflictividad no cesó, transcurrido unos días de la muerte de Pampillón, poco a poco languideció. Así, “la semana del estudiante en lucha” dispuesta por la FUA para fines de septiembre no pudo romper, pese a que la represión le otorgó cierta difusión al plan de lucha, la apatía estudiantil. El gobierno, entretanto, continuó con sus planes universitarios al dar inicio al “Consejo Asesor de la Enseñanza Universitaria Oficial” que debía elaborar el proyecto de ley que regularía las universidades nacionales.¹⁶⁰

Octubre fue el mes más tranquilo desde la intervención. El séptimo día del mes la FUA había convocado a un paro en homenaje a Pampillón y en repudio a la constitución del Consejo Asesor de la Enseñanza Universitaria. El mismo contó con un acatamiento limitado en toda la UBA, a excepción de Ingeniería y Filosofía y Letras donde éste resultó alto. En las calles fue más notorio el gran despliegue policial que la escuálida movilización estudiantil. Esto, no obstante, no imposibilitó los ya clásicos incidentes, con epicentro en la Plaza de Mayo, entre los militantes y los agentes del orden que arrojaron algunos detenidos. Resulta elocuente respecto a la imposibilidad de quebrar la voluntad del gobierno en las calles el hecho de que el Centro de Filosofía y Letras una semana más tarde, ante la reanudación de las clases, emitiera un comunicado en el que proclamaba defender “desde adentro lo nuestro”. A esta altura del año quedaba claro para el cuerpo estudiantil movilizado contra la intervención que ésta se

¹⁶⁰ El consejo estaba integrado por 14 miembros nombrados por la dictadura. El ministro Martínez Paz instaló en el Congreso Nacional a 5 médicos, 5 abogados, 3 ingenieros y un profesor de Letras. Su edad promediaba los sesenta años (los estudiantes lo bautizaron como “Consejo de Ancianos”). Entre ellos, se criticaba, incluso en medios oficialistas, no existía una representación lógica de las carreras que debería alcanzar la reestructuración. Al respecto véase “Universidad, 76 días después ¿Cuál es la salida?”, en *Confirmado*, 13 de octubre de 1966, año 2, n° 69, pp. 34-37. Este consejo invitó públicamente a los sectores de la vida universitaria a enviar opiniones, propuestas o sugerencias para la redacción del proyecto de ley. Algunos especulaban que podía funcionar como puente entre el gobierno y los detractores universitarios produciendo cierto acercamiento entre ambos. La colaboración y participación con esta iniciativa gubernamental no prosperó en lo absoluto ya que esta posibilidad no era parte de la filosofía básica de los consejeros que coincidían con el orden impuesto. El plazo que se había estipulado en dos meses para que éste elevara un proyecto tampoco se cumplió.

prolongaría más de lo imaginado a comienzos de agosto.

Conclusiones

A fines de 1967 poco antes de que la FUA convocara a un congreso en condiciones de semiclandestinidad, el documento preparatorio del mismo expresaba una crítica de las acciones de tipo “putchistas” desarrolladas tras el golpe del año anterior. Reflexionaba:

“Desde otro ángulo, con el propósito de acrecentar la acción contra la dictadura, su política y la intervención, se impulsaron en algunos centro hechos políticos que se desligaron de la necesaria construcción del proceso estudiantil masivo que junto a la clase obrera y el pueblo, y sólo así, podrá hacer variar radicalmente la situación. Tal error fue impulsado durante un breve período también por la J.E. de la FUA y partió de sobreestimar la incidencia estudiantil dentro del proceso político que se operaba en dicho momento, tras ubicar con corrección el marco referencial fundamental, combatir justamente contra quienes predicaban no luchar, e incluso pugnar por conquistar prácticamente la hegemonía del proceso frente a la orientación renunciata, se ejecutó una orientación que visualizó el hecho de resonante efecto y no la construcción del proceso.”¹⁶¹

La autocrítica fuista señalaba con claridad los principales problemas que tras las acciones de resistencia emprendidas luego del golpe el movimiento estudiantil opositor debió afrontar. Centralmente, el aislamiento al que condujo la carencia de alianzas sociales sumado a que las protestas nunca lograron concitar la adhesión masiva del estudiantado eran las principales causas de la derrota. Este proceso, como se vio, registró dos etapas desde la intervención hasta fin de año. En un primer momento, los enfrentamientos mostraron un carácter ascendente. El cese de actividades que se interpuso hasta el 22 de agosto puso en evidencia la preocupación de las autoridades nacionales por lo que sucedía en las universidades. El operativo represivo que se montó llegó a costar la vida de un estudiante, Santiago Pampillón, en la ciudad de Córdoba tras que éste fuera gravemente herido en el paro activo organizado por la FUA el 7 de

¹⁶¹ En Carlos Ceballos: Los estudiantes universitarios y la política (1955-1970), CEAL, Buenos Aires, 1985, p. 120.

septiembre. Pero ya para ese entonces era evidente en la Capital Federal que ni en la Universidad ni fuera de ésta, ni entre los estudiantes ni entre los trabajadores, ni finalmente con los profesores opositores que tenían un pie más afuera que adentro de la academia, se había organizado un movimiento de resistencia que pudiera expulsar a la intervención. Los días siguientes marcaron de modo decreciente la caída de la actividad que ya promediando el mes de octubre de 1966 habían languidecido definitivamente.

No obstante, si el asilamiento de la militancia estudiantil opositora es incontestable, incluso el humanismo se había separado del reformismo fuista por considerar excesiva sus acciones de lucha, no es del todo correcto atribuir la derrota a errores de cálculo de dicha militancia. Hacerlo, significaría caer en un exceso de voluntarismo en las explicaciones históricas. Más allá de que incluso en gran medida se hayan cometido estos errores, las acciones de protesta en Buenos Aires, al igual que en el resto país, chocaron con una situación objetiva que arrastraban desde el golpe de Estado que intervino las universidades públicas. En ese entonces, la dirección peronista del movimiento obrero, comprometida con el apoyo de la dictadura, había ignorado lo acaecido en las universidades. La pérdida de este vital aliado, con el que cual se habían producido años antes en los reclamos salariales y presupuestarios importantes acercamientos, fue un escollo que no se pudo superar. Si bien con notable tardanza algunos gremios dieron su apoyo a los estudiantes, con un lenguaje ambiguo en muchos casos, este apoyo pareció más bien un modo de escarmentar al gobierno frente a una alianza que comenzaba a resquebrajarse que una muestra sincera de adhesión. Por otro lado, en el interior de la Universidad, el masivo e inmediato proceso de renuncia de los profesores opositores había dejado en un gran desamparo a la militancia estudiantil del mismo signo. Si bien a fines de agosto ya se logró constituir una coordinadora entre profesores, graduados y estudiantes contrarios al régimen, la desarticulación total que aún reinaba impidió a ésta tomar cualquier tipo de acción práctica, contentándose con emitir comunicados contrarios a la dictadura. En el grueso de dichos docentes, triunfando el pesimismo tras la brutal intervención, ya estaba más instalado el problema de en qué país localizar los equipos de investigación que dirigían que en montar un plan de lucha para combatir a la dictadura. La tenacidad que mostró el gobierno para impedir cualquier vuelta atrás de la situación alcanzada luego de la intervención, si bien podía ocasionarle problemas en tanto no había un rumbo claro a seguir, no le

impidió granjearse un halo de invencibilidad. En ese contexto, a la militancia estudiantil opositora le resultó una tarea imposible ganarse la adhesión de un alumnado preocupado por no perder el año.

De lo dicho se desprende que considero más equilibrado sostener que la derrota impuesta por la dictadura al movimiento estudiantil durante 1966 tuvo causas subjetivas, relativa a su accionar, pero también objetivas, relativas a las condiciones nacionales y universitarias que limitaban su accionar. Los estudiantes en lucha, que fueron quienes más optimistas se mantuvieron en sus posibilidades de victoria al principio, si bien no se rindieron, comprobaron que esta pugna contra la dictadura se prolongaría más de lo que habían creído. Pasado el tiempo, incluso el objetivo defensivo de retornar a la situación previa a la intervención dejaría su lugar a una ofensiva que se plantearía la transformación en su conjunto del sistema social, esto es, el socialismo. Pero para esto tendrían que pasar varios años y gestarse importantes transformaciones en la situación política del país, cambios que a fines de 1966 todavía no se vislumbraban.

Bibliografía

- De Riz, Liliana: *La política en suspenso 1966-1976*, Paidós, Buenos Aires, 2000.
- James, Daniel: “Protesta, rebelión y movilización: de la resistencia a la lucha armada, 1955-1976”, en Daniel James (dir.): *Nueva Historia Argentina. Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*. Tomo IX, Sudamericana, Buenos Aires, 2007, 329-380.
- O’ Donnell, Guillermo: “Estado y alianzas en la Argentina”, en *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, vol. 16, n° 64, Buenos Aires, enero-marzo de 1977.
- O’ Donnell, Guillermo: *El Estado Burocrático Autoritario 1966-1973. Triunfos, derrotas y crisis*, Prometeo libros, Buenos Aires, 2009.
- Portantiero, Juan Carlos: “Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual”, en Oscar Braun (comp.): *El capitalismo argentino en crisis, Siglo Veintiuno*, Buenos Aires, 1973, pp. 73-117.
- Potash, Robert: *El Ejército y la Política en la Argentina 1962-1973. De la caída de Frondizi a la restauración peronista*. Segunda parte 1966-1973, Sudamericana, Buenos Aires, 1994.
- Romero, Luis Alberto: *Breve Historia Contemporánea de la Argentina*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1994.
- Slemenson, Marta: *Emigración de científicos argentinos: organización de un éxodo a América Latina*, Instituto Torcuato Di Tella, Buenos Aires, 1970.

Fuentes

- Base de datos de Pablo Bonavena, diarios porteños que incluye: *La Nación*, *Clarín*, *La Prensa* y *Crónica*.
- Ceballos, Carlos: *Los estudiantes universitarios y la política (1955-1970)*, CEAL, Buenos Aires, 1985.
- Confirmado, 1966.
- Primera Plana, 1966.